

Un equilibrio difícil

ALFREDO PASTOR - Profesor del Iese

LA VANGUARDIA, DINERO, 27.06.10

Desde que empezaron a anunciarse, aquí y fuera, los planes de contención del déficit, asistimos a una confrontación entre quienes - como el presidente Obama- estiman que los estímulos fiscales deben continuar y quienes -como la canciller Merkel- creen que la prioridad está en la consolidación fiscal.

Las opiniones de unos y otros son contradictorias sólo en apariencia, ya que el objetivo común es recuperar un crecimiento estable: las diferencias se manifiestan en cuanto a los remedios que emplear, su dosificación y la secuencia de su aplicación. Como la misma receta no sirve para todos, vamos a centrarnos en el caso español.

Aquí no cabe la menor duda: la recesión se debe, en lo inmediato, a la debilidad de la demanda (el nivel de desempleo es prueba suficiente). El componente principal de la demanda es el consumo privado, y para mantenerlo es preciso tratar de mantener la renta disponible, procurando que no crezca el paro (algo difícil mientras digerimos el descalabro inmobiliario), no subiendo los impuestos y manteniendo los subsidios al desempleo (esto último sobre todo por razones de equidad). El resultado es, naturalmente, un aumento del déficit.

Ocurre, sin embargo, que el segundo componente -el más importante en este momento- es la inversión privada, y esta necesita crédito. Pero nuestros prestamistas habituales están asustados (quizá más de la cuenta): temen, o que no podamos pagar, o que paguemos en una

moneda depreciada, y se resisten a prestarnos mientras no vean que llevamos camino de enderezar nuestras cuentas.

De ahí que reclamen la puesta en práctica de planes realistas para contener el déficit público. No hay, pues, más remedio que mantener un cierto equilibrio entre ambas exigencias. El Fondo Monetario Internacional recomienda una "estrategia de consolidación propicia al crecimiento", que es una forma educada de decir que se trata de un asunto muy difícil.

LOS ESTÍMULOS

Algunos principios pueden orientarnos en ese difícil ejercicio. Por lo que se refiere a los estímulos: no es admisible dejar sin recursos a quienes han perdido su empleo (aunque no estaría de más condicionar más firmemente los subsidios a la formación y a la aceptación de empleos ofrecidos, cuando ello fuera posible). En los episodios de consolidación que se seguirán produciendo, hay que recordar que suele costar más dinero mantener un árbol moribundo que hacer crecer una planta joven (aunque el árbol suele tener distinta opinión).

Por último, hemos de irnos haciendo a la idea de una relativa austeridad, incluso cuando nuestra economía se recupere: como pone de manifiesto algún estudio reciente, algunas de nuestras fuentes de ingresos (las que manaban de la burbuja inmobiliaria) se han ido para no volver nunca más, mientras que los gastos en pensiones y en sanidad irán en aumento; y si queremos poner los cimientos de una economía más productiva, habremos de procurar que los recortes del gasto no recaigan sobre la educación y la formación.

Todo esto debería permitirnos poner coto por lo menos al aumento del gasto (los ingresos dependen sobre todo, como ya sabemos, del crecimiento de la actividad económica) y los estímulos fiscales no deben ir más allá.

Pero esta no es la única manera de ver la estrategia para salir de la crisis. Los partidarios de las medidas del lado de la oferta parten de un hecho cierto: la recesión se produce porque se han producido bienes (en nuestro caso, viviendas) que nadie compra (a esos precios, por lo menos); terminará cuando esos recursos produzcan otras cosas que la gente demande; cuanto más rápido se reasignen esos recursos, menos tiempo durará la crisis; y para ello, es mejor intervenir lo menos posible.

REASIGNAR LLEVA TIEMPO

Esto está muy bien, pero no hay que olvidar que reasignar los recursos no siempre es posible, y siempre lleva tiempo: no se tarda mucho menos en convertir un peón de albañil en un físico de lo que se tarda en transformar una tuneladora en un ciclotrón; y, mientras tanto, todos hemos de vivir decentemente; en resumen, querer tratar un problema de demanda como si fuera uno de oferta no es una buena idea.

Sin embargo, a largo plazo es la disponibilidad de recursos -físicos y humanos- de calidad (la oferta) lo que determina las posibilidades de crecimiento: y ahí es donde los que hablan de reformas tienen razón: hace falta para mejorar la calidad de nuestro capital humano, para hacer más atractivas las inversiones productivas y para hacer nuestra economía más adaptable. Nuestra recuperación será efímera sin ellas.

Vale la pena observar que todas las economías avanzadas están en una situación parecida: aunque los detalles de la receta varían de una a otra, todas padecen enfermedades de la misma familia. Si los participantes de la reunión del G-20 tienen esto presente, les será más fácil buscar soluciones de cooperación en lugar de perder el tiempo en recriminaciones mutuas.